



LEUGIM SEUQIS

UN ASTRONAUTA IMAGINARIO Y DE PROCEDENCIA OLOTENSE

J. M. P. D.

Cuando nos referimos a Olot, se relaciona invariablemente la belleza de la Garrotxa con los conceptos de Arte y de Industria: en Arte, la ciudad que se extiende junto al Montsacopa ofrece un aspecto amplio, de calidad extraordinaria, que abarca de las imágenes de Amadeu a las esculturas de Blay y de Clará, y, en pintura, desde los lienzos de Vayreda, Domenge y Berga hasta esa verdadera pléyade de pintores y dibujantes que mantienen el prestigio artístico de la famosa «Escola olotina»; en Industria, la inicial rama textil, de la cual surgieron figuras como Mulleras, Sacrest y Batlló, y la popular estatua-

ria, han derivado a una vasta gama de producciones de concepción moderna y de proyección internacional que integra el núcleo industrial más importante de la provincia de Gerona. Se olvida, con frecuencia, que Olot, en el transcurso de los tiempos, ha ofrecido también a la Ciencia figuras de gran relieve, como el matemático Bassols y Colomer, el sismólogo Saderra, los farmacéuticos y naturalistas Avellana y Pujol, Vayreda y los varios de Bolós, el astrónomo Paluzie, los médicos Bassols y Prim, Verdier, Codorniu y Torgá, el veterinario Rosell y Vilá, etcétera. Y tampoco es muy conocida otra figu-

ra ilustre, personalidad de gran cultura en Ciencias y en Letras, cuya imaginación creó un osado personaje — Leugim Seuqis — que realizó un viaje a la Luna, hecho que, si bien no pasa de lo fantástico, tiene, como veremos, indudable importancia e interés científico; se trata de **Miguel Estorch y Siqués**, hermano del ilustre médico y conocido poeta que firmaba bajo el seudónimo de «Lo Tamboriler del Fluviá»

Según Esteban Paluzié, (1) Miguel Estorch nació en Olot en 1809; no obstante, la distinguida bibliotecaria olotense doña Carmen Sala Giralt (2) data su nacimiento en 1805; sus biografos nos dicen que inició los estudios universitarios en Cervera y que se licenció en Derecho en la Facultad de Barcelona. Después marchó a Cuba y en la Isla antillana ofreció la primera sorpresa, algo desconcertante, al ganar para Puerto Príncipe, por oposición, una cátedra de Matemáticas, materia ciertamente distinta de las que constituyeron su preparación universitaria; tal sorpresa evidencia que Estorch poseía una amplia cultura. Con posterioridad a su etapa docente en la capital de Haití, ampliada con la instalación de un importante Colegio, pasó a la Habana para ejercer la abogacía y alcanzó ser nombrado síndico procurador de la misma ciudad. A partir de 1825 fue recorriendo diversos países de América, regresó a Europa, vivió una temporada en Suiza y volvió al Nuevo Mundo para desempeñar la dirección de la Escuela Normal de Lima; más tarde le fue encargada la dirección de la Escuela Normal de Madrid, ciudad donde murió en 1868.

Miguel Estorch fue un publicista insaciable: escribió comedias como «Tartufo» y «Un colegiado por dentro» y obras de tan diferentes tipos como «Apuntes sobre el terremoto de Santiago de Cuba en 20 agosto de 1852», «Los Códigos en paralelo», «Desmembramiento de Polonia y sus consecuencias», «Sobre la administración del Marqués de Pezuela en Cuba», «El porvenir de las Antillas», «Causas y efectos de la Guerra de la India» y «Los Estados Unidos ni son estados ni están unidos»; en 1855 inició la publicación, en Barcelona (3), de unos folletos titulados «**Lunigrafía**», o sea noticias curiosas sobre las producciones, lengua, religión, leyes, usos y costumbres de los lunícolas.

Tenemos la convicción de que Estorch y Siqués fue, ante todo, un hombre de leyes y so-

ciólogo, amante de la moral más estricta y de la observancia de las leyes y de las normas de la Religión. La publicación de los referidos folletos debió obedecer al deseo de describir una sociedad perfecta, modélica, para buen ejemplo de los lectores; posiblemente, este deseo estuvo influenciado por las fantasías del romanticismo que tendían a lo sublime y maravilloso, y estaban impregnadas de la mejor buena fe, caballerosidad y ansias de vida tranquila y ordenada. Y para presentar esa sociedad ideal, Estorch la radica en la Luna e imagina que un valeroso hijo de Calcuta realiza un viaje al satélite de nuestro planeta, y, a su regreso, el astronauta relata la vida admirable de los lunícolas. Al leer los textos de Estorch — comenta doña C. Sala — «uno casi llega a hacerse la ilusión de que una legión de ángeles, un verdadero paraíso, está dando vueltas a nuestro alrededor»; como sucinta muestra que será suficiente para formarnos noción de ello, añadiremos que Estorch comenta que en la Luna no se conoce la guerra, que se ignora allí el significado de la palabra contrabando, no existen carabineros, ni guardias, que los teatros selenitas son escuelas de buenas costumbres, que los lunícolas comen con sobriedad, visten con suma decencia, que todas las diversiones tienen algún objetivo moral, etc., etc.

Llegaron a publicarse nueve cuadernos de la serie «Lunigrafía» y, en la cubierta del noveno, se anuncian otros que había proyectado el autor y que no creemos llegasen a ser publicados; en la Biblioteca Municipal de Olot sólo existen tres de ellos (1.º, 4.º y 9.º), que hemos podido examinar gracias a la gentileza de la Srta. Montserrat Puig Danés, bibliotecaria .

En el folleto núm. 9 se hace referencia a cuestión legal tan especializada como es la «Legislación lunícola sobre duelos y suicidios», lo cual comprueba, sin duda, que el motivo que movió a Estorch a publicar la «Lunigrafía» fue, esencialmente, sociológico y jurídico.

No es nuestro propósito comentar estos aspectos de los textos de referencia, pues no estamos preparados para inmiscuirnos en temas socio-jurídicos; nuestros comentarios se basarán únicamente sobre el imaginario viaje a la Luna que ideó el aludido letrado, pues ofrece algunos aspectos sumamente interesantes que evidencian como el autor fue hombre de vasta cultura, incluso en materias cosmológicas (un «Compendio de Astronomía»). Estos aspectos resultan de mayor mérito por haber sido expuestos con diez años de anterioridad a la publicación de la novela que refiere el célebre viaje «De la Tierra a la Luna» descrito por Julio Verne en 1865.

Es posible, e incluso probable, que Estorch hubiese leído la «Historia cómica de un viaje a la Luna (Historia cómica de los estados y de los

(1) Olot, su comarca, sus extinguidos volcanes, su Historia civil, religiosa y local (1860).

(2) Trabajo publicado en «Olot Misión» en 8-II-1969 (5).

(3) Imprenta y Lib. politécnica de Tomás Gorchs.

imperios de la Luna)» que escribió Cyrano de Bergerach (París, 1656) y que sobre sus ideas influyeran las visiones maravillosas de Poe (1809-49), comentarios de excepcional originalidad y verosimilitud para todo cuanto podía representar algo extraño, antinatural o extraordinario. Pero aun considerando posible que recibiera tales influencias, ello no disminuye el mérito de haber dado una explicación sobre el viaje al satélite terrestre, y de imaginarse ciertos aspectos de los paisajes lunares y ambientes cósmicos de cierta concordancia con fundamentales bases científicas.

Estorch inicia su «Lunigrafía» simulando la existencia de un astrónomo alemán, Krotse, que explica sus «admirables descubrimientos»; como salta a la vista, el nombre de Krotse es el de Estorch escrito al revés.

Krotse basa sus experiencias en la balística, situando un cañón en posición vertical en las cumbres del himalaya, emplazamiento que no lo elige, como comenta la bibliotecaria Sala «por estar más cerca de la Luna, (4) sino que, razonando científicamente, por ofrecer esa altitud condiciones favorables para su intento, como son menores gravedad y resistencia del aire atmosférico».

Estorch, con unos setenta años de anticipación, presupone las tres premisas fundamentales que fijó Hermann Oberth en su obra «Die Rakete zu den Planetariumräumen» (1932): 1.º, que podían construirse aparatos capaces de elevarse más allá de la atmósfera terrestre; 2.º, que podían alcanzarse velocidades suficientes para escapar de la influencia gravitatoria de nuestro planeta y, 3.º, que las naves cósmicas podían ser tripuladas, o sea albergar a seres humanos.

Cuando Estorch refiere el montaje de la base artillera en el Himalaya, evidencia igualmente unos conocimientos geográficos remarcables, y al hablar de la posición idónea del satélite, como blanco del disparo del proyectil que llevaría al astronauta, así como en otros detalles de la «hazaña», demuestra ser entendido en Cosmografía.

Al crear el pasajero que Estorch imagina para su ubicación en el proyecto, Krotse elige a uno de sus criados, nacido en Calcuta y que le acompañó en la ascensión al Himalaya; el nombre que da al astronauta es el de Leugim Seuqis, términos que leídos al revés vienen a equivaler a Miquel Siqués, nombre y apellido materno del

propio Estorch. Las precauciones ante posibles responsabilidades que podía suponer un fracaso en el viaje de Seuqis y que se consideran en el texto, demuestra nuevamente que el autor era, ante todo, un jurista.

En la descripción de la ascensión a la Luna, Seuqis se muestra muy hábil: «no podré explicarlo — se lee — porque me faltó muy pronto la respiración y perdí los sentidos». El relato de todo lo selénico parte del momento en que Seuqis volvió en sí; la imaginación descriptiva no puede ser más fantástica, adecuada para decorar el ambiente de Arcadia feliz que es el escenario en que se mueven los supuestos selenitas que la Sra. Sala, como hemos dicho, equipara a perfectos angelitos.

A nuestro modesto entender revisten especial interés las impresiones de índole cosmológica que se comentan; por ejemplo, dice: «no me será fácil transmitirte la impresión que me causó un astro de tamaño cincuenta veces mayor, en apariencia, que el Sol. El astro que ví de noche y que crece y mengua como la Luna, es de color azul celeste muy grato a la vista, y refleja tanta luz cuando presenta todo su disco que hace las noches más gratas que los días, pues casi se ve lo mismo sin la molestia que nos causan los rayos solares. Supe luego que tal astro era la Tierra y confieso francamente que lo dudé hasta que al recobrar mis sentidos os ví a mi lado. En las noches oscuras el firmamento no presenta variación alguna al que miramos desde nuestro planeta, y cualquiera se creería que está en la Tierra. Vi la Osa mayor y encontré fácilmente la estrella del Norte por las reglas que vos me habéis dado (alude a Krotse), y puedo asegurar que me hallaba en el hemisferio boreal y de diez a quince grados de latitud, a calcular por el ángulo que dicha estrella formaba con el horizonte. Algunas veces creyéndome en la Tierra buscaba de noche la Luna, pero luego advertía mi error y me sonreía a mí mismo. Lo que no sabía explicarme era la falta de esa bóveda azul que rodea nuestro planeta, y un sabio (lunícola) me hizo notar que el aire que se respira en la Luna es mucho más puro que el de los otros planetas, y que su transparencia es tal que podría dudarse de su existencia a tener que comprobarla con la vista. En efecto, noté que a través de los rayos solares no se ven esas pequeñas moléculas que se observan en la Tierra. «Después Seuqis habla del flujo y reflujo que los sabios lunícolas atribuyen a la atracción que ejerce la Tierra sobre el satélite, de la convexidad de éste, etc., etc....»).

El regreso de Seuqis a la Tierra es explicado de la siguiente forma: «Una noche estaba observando con un magnífico telescopio un lago que se encuentra en el centro del hemisferio lunar que se ve desde la Tierra — refiere Krotse — y noté como un punto negro que no había obser-

(4) Consideración de Antonio Ribera en su *Conquista del Espacio*.

vado hasta entonces; fijé toda mi atención en dicho punto y advertí que iba tomando incremento; a pocos minutos no pude dudar ya que era un cuerpo que se aproximaba a la Tierra y muy pronto pude conocer que era un globo que al fin cayó a 162 metros del punto en que me hallaba. Corrí con la velocidad del rayo y júzguese cual sería mi sorpresa al reconocer mi bala y al encontrar dentro a mi calcuteño sin la menor lesión, aunque al parecer asfixiado...; observé luego que con increíble placer que el viajero recobraba el aliento... Recobrados ambos, yo de la sorpresa y él del susto y aliento, pasamos al observatorio donde me contó sus impresiones...».

En el folleto IV.º vuelve a hablarte del retorno a la Tierra y la perenne fantasía de Estorch explica la habilidad de los inteligentes lunícolas para construir un cañón «a la Paixan», adecuado al proyectil, y un globo por medio del cual Seuqis pudiese llegar a nuestro planeta.

Ha pasado más de un siglo desde que se escribiera «Lunigrafía»; tal vez si, en el presente, Estorch y Siqués pudiera considerar las consecuencias de su obra, quedaría decepcionado; el ejemplo de los «angelitos» lucícolas no ha cundido entre nosotros; las guerras no cesan, el pernicioso contrabando de tóxicos se halla su-

mamente extendido, el teatro se ha apartado de lo ejemplar para divulgar el crimen, las malas pasiones y los vicios sociales peores... y en este mundo sólo el hambre impone la sobriedad, y la moralidad en costumbres y diversiones, acostumbra ser asaz negativa...

Pero a buen seguro que, con tal decepción, surgiría en Estorch, cierta perplejidad y gran satisfacción al conocer que *Armstrong* y *Aldris*, en 1969, pisaron el suelo selénico y que desde el satélite contemplaron la Tierra en tonalidades azuladas, vieron la atmósfera lunar con marcada inmaterialidad, las estrellas con potenciado fulgor y observaron varios otros detalles, todo ello tal como lo hiciera *Seuqis*; son precisamente estas las facetas que los actuales eruditos han valorado más en la obra de Estorch y Siqués.

Es muy problemático y dudoso ponderar si la perplejidad aludida compensaría las anteriormente referidas decepciones que podría ponderar Estorch; tememos que no, pues al previsible saldo negativo se añadiría otra decepción: que *Armstrong* y *Aldris* no hallaron en la Luna el menor rastro de vida, o sea que la existencia de los «angelitos» lunícolas no pasó de una bien intencionada quimera.

X - 1975